

# reflexiones desde galicia

X. L. MENDEZ FERRIN

VEO a mi hijo de cuatro años en la playa de Coruxo. Juega a ayudar a los pescadores en la operación de varar una **gamela**, embarcación ancestral. Cada gesto de aquellos hombres es imitado por el niño que, sin saberlo, atraviesa miles de años hacia atrás. Una lectura correcta de esta operación nos sitúa en un plano neolítico, como neolíticos son, quizá, el ancla de piedra, el carro, el hórreo, las brujas, los pesos en la cabeza, los fundamentales mitos colectivos. Descubrimos, con mirada alucinada, que la base cultural del campesino-pescador gallego está hecha de elementos neolíticos. Y el vértigo sobreviene al imaginar la transmisión, la perduración de esos elementos a través de los siglos, de las culturas, de las etnias que se suceden sobre la piel del macizo gallego.

Un primitivo pueblo (o pueblos) se asentó en el país de los mil ríos, comenzó a dominar, desbrozar, humanizar la Naturaleza, incoando la revolución agrícola. Entre ésta y la revolución industrial pervive un pueblo campesino que constituye el cogollo nuclear de lo que Galicia es. Acontece la Edad de los Metales, comparecen pueblos colonizadores indoeuropeos (ilirio-ligures, quizá; los fabulosos celtas, erigidos en marca nacional por el Romanticismo) que asimilarían, bajo la autoridad de las falcatas, a capas anteriores; las legiones romanas conquistan, imponen la lengua; los bárbaros, suevos y godos sustituyen a los romanos; los feudales autóctonos, eclesiástico-aristocráticos, se prolongan, dejando crecer la planta burguesa a la vera (**off side**) de su camino, hasta la encrucijada de la revolución **irmandiña** en el siglo XV; la monarquía austríaca, el cesarismo borbónico, cumplen la destrucción y anexión, iniciadas por Isabel la Católica, de la aristocracia gallega y colonizan el país; las leyes desarmadoras y desvinculadoras del siglo XIX pulverizan la propiedad eclesiástica, disgregan la pequeña nobleza campesina (esa que aúlla, degradada, en el vozarrón del don Juan Manuel Montenegro, de Valle-Inclán) y potencian una burguesía urbana generosamente incrementada con

aportes castellano-leoneses (comercio, Banca) y catalanes (pesca, conservas). Y todos estos poderosos de la protohistoria y de la historia, todos estos conquistadores, explotadores, **warlords**, castas y clases dominantes, ejercieron su poder sobre una masa anónima de agricultores aferrados a sí mismos que mantienen hasta nuestros días una urdimbre cultural arcaica, tercamente pegados a la tierra, recorridos sus ensueños por muertos itinerantes.

Esto ha sido la gran enseñanza que nos ha ofrecido Carlos Alonso del Real, zahorí mayor de las raíces de Galicia.

Galicia aparece así configurada como algo que podemos llamar «etnia» (en el sentido de los etnógrafos o en el sentido político federalista de Guy Heraud o François Fontan), «nacionalidad» (en los estrictos términos taxonómicos de la definición staliniana), o, de manera más vaga y menos comprometida, «pueblo». En esta etnia podemos contemplar estratos diversos. El básico, neolítico (como queda razonado); el principal, romano-cristiano: la lengua. Y si bien la sustancia de una cultura, su realización misma, es la lengua, el latín vulgar, desde el momento preciso de la asimilación, se plegó como guante a la mano sobre la orografía cultural del viejo pueblo y, en la oportunidad de la quiebra de la infraestructura de comunicaciones del Imperio romano (ocasionada por la ruptura de las invasiones bárbaras), se produjo el dialecto romance. (Creo que puede afirmarse así, sin necesidad de entrar en la engorrosa cuestión de la influencia del substrato en la génesis de la fragmentación lingüística de la Romanía.)

Hay que prescindir de los antecedentes del siglo XVIII para situar en el período romántico el primer intento grupal de asumir la dirección del pueblo gallego. Se dibuja, así, un sentimiento provincial, o **provincialismo**, en el seno de la burguesía urbana resentida por la administración centralizadora y sensibilizada por el Romanticismo para captar el hecho diferencial de Galicia. Parece ser que esta primera toma de conciencia

se manifiesta en la revolución de 1846. Pero no se clarificará hasta la segunda mitad del siglo, momento en que se transforma en **regionalismo**. Esta tendencia tiene dos raíces: una, agraria y tradicionalista; otra, urbana y republicana federal. El animador del movimiento, su **presidente** incontestado, fue siempre el esposo de Rosalía de Castro, Manuel Murguía, aunque la doctrina no aparece claramente sistematizada hasta la aparición de «El Regionalismo» (1886), obra del catedrático compostelano Alfredo Brañas. De todos modos, la Liga Gallega (1897) y demás intentos organizativos están condenados a la acción esporádica, al fracaso intermitente. Pero el drama central del galleguismo se plantea en esta época. Si bien es la burguesía urbana (a la que se adhieren los flecos de la hidalguía rural arruinada) la charca donde somormuja la idea de Galicia como entidad diferenciada, la lengua gallega es, más y más, considerada emblema de servidumbre, baldón, estigma vergonzoso por esa misma burguesía en que se genera el regionalismo. Grave contradicción que el poco numeroso proletariado gallego del siglo XIX (plenamente gallegohablante) no estaba, estructuralmente, en condiciones de resolver. Ni lo estaría aún mucho después.

Como consecuencia del grave fracaso del provincialismo, que culminó con la revolución de 1846 y con los fusilamientos de Carral, los sectores conscientes de la individualidad gallega se frustran, se derraman. Es doctrina de Murguía (en «Los precursores») que las promociones siguientes a aquella generación destripada se aplicarán más a la interpretación literaria del país que a su reconstrucción político-social. No le debe faltar razón por cuanto, de repente, arrancan de la tierra dos poetas de los que uno sólo basta para prestigiar una literatura. Son Rosalía de Castro y Eduardo Pondal. A su alrededor, una maraña de lo que Carballo Calero definió como diádocos; en la generación siguiente, una bronca, severa voz a su altura, la de Curros Enríquez, debidamente arropada de epígonos, paralelos y menores de cualquier cariz. Nace la literatura gallega contemporánea y este nacimiento supone un puente que la burguesía urbana tiende hacia la masa campesina, principal protagonista de la poesía de la Restauración. Desde entonces el galleguismo estará profundamente teñido de agrarismo y de literatura. Y ello viciará todo activismo gallego hasta la época de la Segunda República.

Durante la primera década del siglo XX las fórmulas estilísticas de los cultivadores del gallego (poetas en su mayoría) participan de las características de la estética idealista finisecular. No hay modernismo gallego, pero sí una corriente simultánea que yo he pretendido aislar y bauticé como **formalismo**. Son los escritores ADS («entre dos siglos») de gran tersura y limpieza en su escritura: Ramón Cabanillas y Noriega Varela, los más importantes. Estos autores (y los que les rodean), nacidos en la década de 1870 a 1880, nada aportan a la interpretación del gallego. Participan, de todos modos, de manera aislada, en actos y campañas políticas que continúan el deslavazado regionalismo del siglo XIX (fundamentalmente la Solidaridad Gallega, de 1908-1909) y se integran, de forma no protagonista, en Acción Gallega,

importantísimo movimiento agrario en defensa del minifundista, cuyo núcleo inicial fue la Asamblea de Monforte de 1909, y cuyo líder (casi fabuloso, muy recordado y sin estudiar) era un clérigo aventurero, retórico y posconciliar («avant la lettre» del Vaticano II) que atendía por Basilio Alvarez.

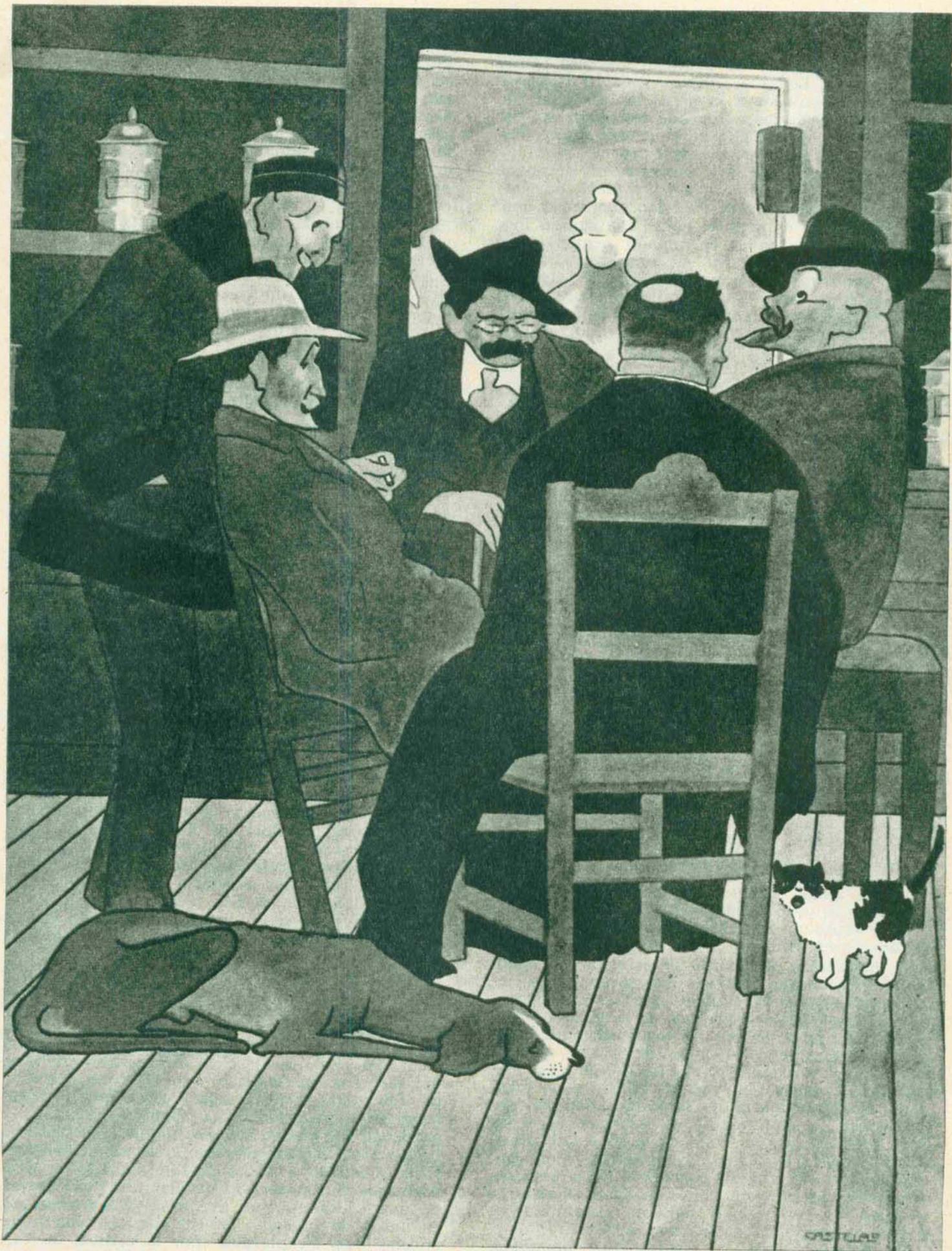
### I. LA GENERACION «NOS»

Centro mi artículo en la GN («generación Nós», también llamada «generación de Risco» y «generación de 1916») porque con ella aparece por primera vez en Galicia un grupo que se propone, en equipo, la articulación de órganos e instituciones culturales integrados dentro de una política que tiende globalmente a la restauración de la sociedad gallega. Los escritores y personas de la GN forman conjunto coherente, se apoyan entre sí, crean editoriales, revistas culturales, periódicos, organizaciones de defensa del idioma, formaciones políticas. Este estrecho entramado dota a Galicia de cauces de expresión adecuados para una vida cultural normalizada.

Antón Vilar Ponte (1881-1936) publica en 1916, en La Coruña, un libro titulado «Nacionalismo gallego. Nuestra afirmación regional», libro que constituye el punto de partida de la GN. Es un llamamiento al «nacionalismo» que, pese a la ambigüedad de su título, se propone como alternativa al antiguo regionalismo. Con esta nueva óptica (que, en general, nunca adoptará la solución separatista), entendiéndose a Galicia no como arrabal, sino como centro (Viqueira), se acometerá la elaboración de una literatura en gallego universalista, culturalista, vanguardista, apareciendo, masivamente, el ensayo, la novela y demás géneros en prosa. Acogen el llamamiento de Vilar Ponte un grupo de brillantes publicistas nacidos en la década de 1880 a 1890. En primer plano, Xohán Vicente Viqueira (1886-1924), Castelao (1886-1950), Vicente Risco (1884-1956), Florentino Cuevillas (1886-1958) y Ramón Otero Pedrayo (1888), maestro felizmente vivo y actuante. En una honrosa segunda fila, Xaime Quintanilla, Arturo Nogueiro, Lousada Diéguez, Anxel Casal, Lois Porteiro Garea.

Como primer reflejo organizativo de la GN aparecen en La Coruña las Irmandades da Fala y su órgano **A Nosa Terra**, en el mismo año 1916. En 1918, la Asamblea de Lugo se declara nacionalista. En 1922, la labor de defensa idiomática de las Irmandades da Fala se clarifica y politiza en la ING (Irmandade Nazionalista Galega), cuyo texto doctrinal fue la «Teoría do nazionalismo galego» (1920), de Vicente Risco. Esta organización no llegó a cuajar. En 1920 el grupo orensano (Cuevillas, Otero Pedrayo, Risco) funda la revista «Nós» («Nosotros»), que da nombre y clima a la generación. Posteriormente, y por obra de Anxel Casal, aparece en La Coruña y Santiago la editorial del mismo nombre.

Puesto que la actitud cultural de la GN, su lectura de la compleja etnia gallega, su doctrina y su visión del mundo han marcado todo el proceso galleguista hasta 1936, merece la pena que esquematizemos sus caracteres en seis puntos, aun a riesgo de simplificar con exceso.



«La rebotica», por Castelao.

1. **Procedencia social pequeño-burguesa.** Aunque Viqueira, Lousada Diéguez y Otero Pedrayo aparecen vinculados a la pequeña hidalguía rural (el mundo de los pazos que se manifiesta en doña Emilia, Valle-Inclán y el propio Otero Pedrayo) y Castelao hunda sus raíces en una familia pescadora, aquella aristocracia en decadencia estaba asimilándose ya a la pequeña burguesía urbana, y el padre de Castelao, merced a una dura ascesis de emigrante, había conseguido inscribir a su hijo en el entramado pequeño-burgués. Los restantes tienen su cuna en las clases medias burocráticas y comerciales. En algunos casos ostentan apellidos no gallegos procedentes de antepasados asentados en Galicia por el ejército, la burocracia, el comercio o la industria. Es el caso de Carré, de Cuevillas, de Risco, de Quintanilla. Esta posición les permite el acceso a la Universidad, los viajes, la adquisición de idiomas y la formación de magníficas bibliotecas privadas.

2. **Ideología pequeño-burguesa.** Si el siglo XIX español ve desenvolverse en el seno de la clase burguesa una lucha entre la derecha tradicionalista vinculada al poder agrario (reaccionaria, neocatólica) y la izquierda progresista ligada a la revolución industrial (liberal; krausista, primero; positivista, después), la GN, al igual que la del 98 en España, llega a una síntesis de tal contradicción basada en la negación de los principios ideológicos de la izquierda burguesa decimonónica (creencia en el progreso, realismo, naturalismo, positivismo, cientifismo) y en una actualización de ciertos postulados tradicionalistas (espiritualismo, nueva religiosidad, idealismo) sobre la base de un nacionalismo abstracto. Esta **síntesis de progresismo y de tradicionalismo** será la marca diferencial de su filiación ideológica pequeño-burguesa.

Su nacionalismo sufre la contradicción, no obstante, de ser una creación pequeño-burguesa y no haber logrado apoyo ni eco en la pequeña-burguesía gallega. La GN es un Olimpo lúcido y generoso que se yergue sobre una retardataria, aconsciente y mimética clase media gallega, ignorado, cuando no despreciado y ridiculizado, por ésta. Xaime Quintanilla no se encuentra cómodo en su grupo generacional y, sin renunciar a su producción en gallego, ingresa en el PSOE. Es un caso individual.

3. **Aspiración al liderato agrario.** La GN ignora al proletariado gallego considerándolo ajeno al ser tradicional de Galicia y, a su vez, las manifestaciones galleguistas son ignoradas, despreciadas o combatidas por las organizaciones obreras. Ricardo Mella, el más importante teórico español del anarquismo, según Brenan, es contemporáneo de la GN, vive en Galicia y no mantiene correspondencia ni relaciones con los galleguistas. En el fondo de la conciencia de la GN existe un rechazo total de la sociedad industrial, incluyendo al sistema capitalista y no contemplando la alternativa socialista. En algún caso (Viqueira) se proclama un socialismo «humanista» (sin fundamentación marxista, casi fabiano), o bien se practican gestos antiburgueses (Castelao) generados por un sentimiento populista. La GN se siente profundamente solidaria, en cam-

bio, con el campesinado y sus luchas, por lo que su Galicia ideal estaría basada en la alianza de las masas campesinas con la pequeña-burguesía urbana (nacionalizada, según el modelo catalán), alianza que suprimiría la oposición campo-ciudad, hundiría al caciquismo, redimiría al agricultor de sus servidumbres y haría resplandecer el ser propio de Galicia. El fracaso histórico de la GN consistió:

a) En que la pequeña-burguesía no adoptó el galleguismo y se mantuvo en su posición mimética castellanizante.

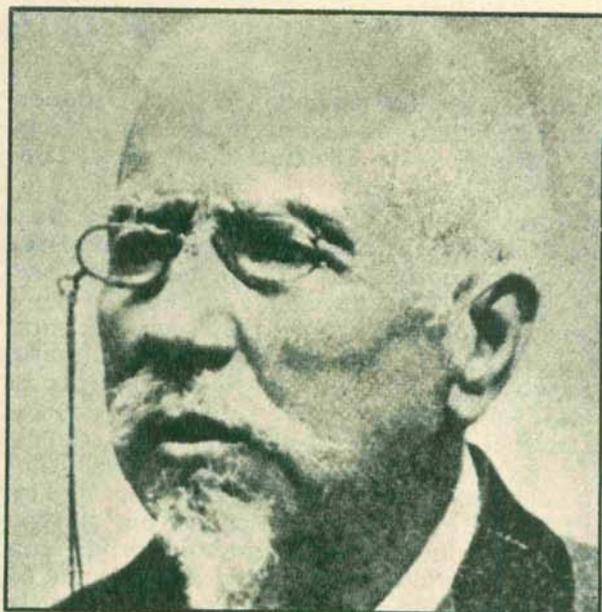
b) En que el movimiento agrario (que constituía una fuerza inmensa) no se vinculó jamás a pesar de un largo rigodón de buenas palabras y recíprocos escritos de simpatía con el galleguismo político a causa quizá del acentuado elitismo cultural de éste.

4. **Procedencia ideológica y cultural desvinculada de la tradición gallega.** Ninguno de los escritores y hombres públicos de la GN procede del regionalismo político ni literario. Lo que se les antojaba estrechos límites de uno y otro, chocaba con su vocación universitaria y europeizante. Antes de su compromiso con Galicia, antes de la constitución del equipo generacional, todos trazan espirales, conductas, trayectorias marginadas de la realidad del país natal. Estas divagaciones previas al galleguismo son: el republicanismismo liberal, en Vilar Ponte; los estudios filológicos en Francia (con Bergson) y en Alemania (con Husserl), en estrecho contacto con Giner de los Ríos y la adhesión al cenáculo de éste, en Viqueira; el decadentismo cosmopolita y los vagabundeos teosóficos (que harían las delicias de cualquier «hippy» lector de Khrisnamurti), en Risco; el escepticismo ateneísta, mundano y dilettante, en Otero Pedrayo. Esta toma de conciencia peculiar que supone someterse al destino histórico de una etnia de campesinos arcaicos y prescindir de las respectivas glorias académicas se ha venido tomando como el rasgo más característico de esta generación y aparece descrito en «Nos, os inadaptados», de Risco (1933), y en la novela «Arredor de sí», de Otero Pedrayo.

5. **Rigurosa formación intelectual y vocación de estilo.** Todos los autores y la mayoría de las personalidades de la GN hicieron estudios universitarios, poseyeron idiomas y realizaron viajes. Puede decirse que, en su momento, fueron las gentes más ilustradas del país, junto con personalidades aisladas (frecuentemente ligadas a ellos por fecha de nacimiento y afinidades), tales como Novoa Santos, y acontece en ellos un modo de producción intelectual muy propio. Compaginan su labor literaria con el cultivo de una parcela científica y con el ejercicio de cátedras oficiales. Así tenemos un Castelao y un Risco etnógrafos, un Cuevillas prehistoriador, un Otero Pedrayo geógrafo e historiador, un Viqueira psicólogo y pedagogo. Al mismo tiempo, todos ellos desarrollaban provechosamente sus tareas de ficción literaria. Castelao y Risco fueron narradores, dramaturgos y ensayistas; Cuevillas nos dejó breves y sustanciosas prosas literarias; Otero Pedrayo es autor de poemas, de cuentos, de teatro, de novelas aún inexploradas por la crítica, de discursos literarios; Viqueira es un pulcro, fino



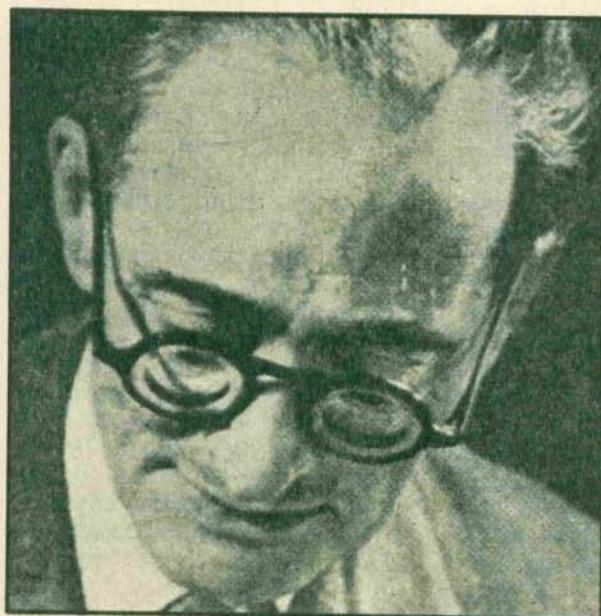
**Rosalía de Castro.**



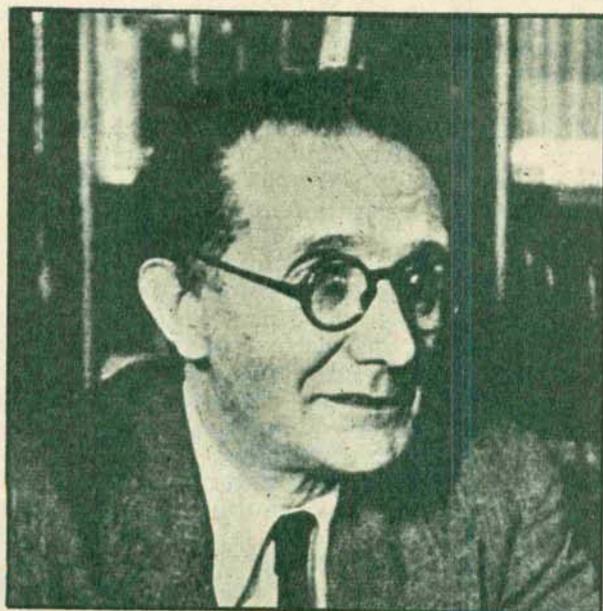
**Manuel Murguía.**



**Curros Enríquez.**



**Vicente Risco.**



**Castelao.**



**Otero Pedrayo.**

## X. L. Méndez Ferrín

poeta y prosador sin mácula, con el atildado dandismo estilístico que se aprendía en los círculos más íntimos de la Institución Libre de Enseñanza.

Los autores de la GN son los verdaderos creadores de la moderna prosa en gallego y prosistas de estilo inconfundible. En efecto, todos los precedentes de prosa decimonónica palidecen ante el magistral despliegue que nos ofrecen los hombres de la GN, cada uno de ellos con un matiz personal diferenciado. Venidos a la literatura tras el realismo del siglo XIX, que, en prosa, supuso la despersonalización, el gregarismo, es estilo ricaz, pero mostrenco, estos escritores acusan una decisiva preocupación, tensión, vigilancia estilística. El frondoso y licuoso período de Vilar Ponte no puede nunca ser confundido con el gracioso descuido de Vicente Risco, con la vegetal efervescencia de Otero Pedrayo, con la precisión y difusión musical de Viqueira, con la frase natural y contenida de Castelao.

6. **Vocación pedagógica.** Al igual que su contemporánea, la generación de Ortega, en la literatura castellana decidió «comparecer allí donde estaba el español» en una vasta labor divulgadora que elevase el nivel intelectual y mejorase el talante cerril de los ibéricos, la GN quiso incidir pedagógicamente sobre la sociedad gallega, elevar su consciencia, encaminarla hacia la búsqueda de su propia personalidad, olvidada bajo la corteza artificiosa de la cultura, los ritos y los mitos de la España oficial. En esto, como en las fechas de nacimiento y en otras muchas cosas, coincide la GN con la generación de Ortega. O lo que es lo mismo: los escritores gallegos de la GN, al dedicarse al cultivo exclusivo del gallego, son compañeros de Ortega, Ayala, Marañón, Américo Castro, etc., que faltaron consecuentemente a su cita con la literatura castellana. Como faltaron los novecentistas catalanes, salvo Xènius.

## II. DESPUES DE LA GENERACION «NOS»

Las posiciones de la GN constituyen la actitud galleguista hasta 1936. Las generaciones posteriores a ella que actúan en el marco de la República (dos) gravitan en torno a la GN. Su masa es tan poderosa que atrae a su centro a la generación que se constituye en Galicia hacia 1925 (G25), formada por personas que nacen entre 1895 (Luis Pimentel) y 1909 (García-Sabell). Y aún influye sobre la generación de 1936 (nacidos entre 1910 y 1920), que actúa y se manifiesta a través de la FUE compostelana (llamada allí FUEG), de la FMG (Federación de Mocidades Galeguistas) y de las Juventudes Socialistas Unificadas, principalmente. Puesto que los jóvenes de la generación de 1936 apenas si cumplen en la República una función ancilar, al tiempo que se forman; su tarea histórica será la de perpetuar en el tiempo la cultura gallega, más allá del recodo de la guerra civil. Por eso nos interesa fijar ahora el discurso en los seguidores inmediatos de la GN que fueron los componentes de la de 1925.

La G25 se entrega a sus maestros sin que acontezca ruptura ideológica alguna y no se plantean

grandes tareas organizativas en el plano cultural. Aparecen brillantes poetas de vanguardia (quienes, como Manuel Antonio, no combaten en sus manifiestos a la GN, sino al Valle-Inclán modernista), prosistas originales estudiosos que, en el seno del Seminario de Estudios Galegos (creado por la G25) continúan los estudios de etnografía y arqueología iniciados por Risco y Cuevillas. Todos ellos aprovechan las publicaciones fundadas y dirigidas por sus antecesores («Nós», A Nosa Terra) y apenas crean una efímera, aunque muy interesante, revista con marchamo generacional: «Ronsel», de Lugo.

Sin embargo, se debe a la G25 la inspiración de un órgano político estable, el Partido Galeguista (PG), que elabora una política posibilista, realista y pequeño-burguesa dentro del marco institucional de la República.

Pero antes del PG había sido fundada la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), en 1929, que comprendía republicanos de diversas tendencias orientados, en conjunto, al federalismo y al galleguismo. Figuras pioneras de éste, como Vilar Ponte, Suárez Picallo y otros, figuraron en la ORGA. Después de una reunión habida en Lestrove en 1930, el líder de la ORGA, Casares Quiroga, fue comisionado para asistir a la asamblea republicana de San Sebastián. Como consecuencia de ello, Casares Quiroga formó parte del primer Gobierno de la República en representación de los autonomistas gallegos, de la misma manera que Nicolau d'Oliver representaba a los catalanes. Además de la ORGA sobrevivían en La Coruña las Irmandades da Fala y una gran cantidad de grupúsculos, ajustados al nacionalismo de la GN, proliferan en los últimos momentos de la Dictadura: Irmandades Galeguistas (Betanzos), Partido Nazonalista Republicano (Orense), Comités Nazonalistas Republicanos, Esquerda Galeguista, Dereita Galeguista, etcétera.

Todos estos grupos, junto con diversas secciones de la ORGA, se unifican en una asamblea que tiene lugar los días 5 y 6 de diciembre de 1931 en Pontevedra. Aparece, así, la fuerza específica gallega de la República: el PG. Desde el primer momento, el cerebro, el estratega y el táctico del partido es un hacendista de la G25: Alexandre Bóveda. Se impone una disciplina y surgen los políticos jóvenes: Plácido Castro, Núñez Búa, Alvarez Gallego, Paz Andrade. Buena parte de las figuras de la GN (Otero Pedrayo, Risco, Castelao) se unen a la flamante formación, que pretendió ganarse, desde el primer momento, a la burguesía gallega, desconfiada y hostil al galleguismo. El PG eliminó la terminología nacionalista para no asustar, quizá, a los probos funcionarios y a los conserveros catequizables, y se elaboró, en su lugar, un programa ideológicamente difuso (Galicia, unidad cultural; Galicia, pueblo autónomo; Galicia, comunidad cooperativa; Galicia, célula de universalidad), se enfatizaba, asimismo, el pacifismo, el antiimperialismo, la fidelidad a la democracia republicana. Un partido, en fin, que se ofrecía como laico centrista y moderado al nivel de la «Esquerda» de la Izquierda Republicana y de la Acción Vasca, más o menos. Bóveda descarga una irrefutable granizada de argumentos fiscales para convencer a la burguesía

## reflexiones desde galicia

gallega de las ventajas que obtendría con la autonomía. En este sentido son memorables sus conferencias en la Patronal de Vigo. E ilustra muy bien la posición burguesa del PG el atentado de que fue objeto V. Paz Andrade, uno de sus más brillantes cabezas por parte de los anarquistas en ocasión del «lockout» pesquero de 1934. Pero por encima de todo, Bóveda y el PG pretendían conseguir para Galicia el Estatuto autonómico que la Constitución permitía. Y ése habría de ser su gran éxito histórico.

Desde una óptica galleguista sentimental alguien podrá creer que al calificar de burgués al galleguismo de la GN y de sus seguidores de la G25 pretendo denigrarlo, cuando de lo único que trato es de caracterizarlo con justeza. Es cierto que una opción galleguista de izquierda, un nacionalismo popular, como diría José Ramón Recalde, al estilo del «Sinn Fein» oficial, difícilmente podría cuajar en aquella hora. Se pueden, sí, rastrear ciertos síntomas de ello en el seno de la FUEG, entre los fundadores del PCE en Galicia, que reclamaban la creación de un partido comunista gallego, o en el caso de Xohán Xesús González, que se separa del PSOE y funda una pequeña USG (Unión Socialista Galega) implantada en la comarca compostelana.

En el llamado «bienio negro», Castelao y Bóveda, funcionarios públicos ambos, son desterrados a Badajoz y a Cádiz, respectivamente. Durante este tiempo el PG no dice esta boca es mía por temor a las represalias oficiales y se limita a hacer propaganda y a activar su proselitismo. Con suma habilidad táctica pacta con la Izquierda Republicana (en donde había venido a integrarse el sector casarista de la ORGA) una alianza electoral sobre dos puntos de aceptación recíproca: republicanización y autonomía para Galicia.

En las elecciones de 1936 triunfa en Galicia el Frente Popular, en el que se había integrado

el PG, imponiendo a los restantes partidos la ejecución del Estatuto autonómico. Pero esta participación en el Frente Popular no agrada, en absoluto, a la derecha clerical del PG, cuyo modelo político habría sido una versión gallega del «Fianna Fail» irlandés o del Partido Nacionalista Vasco. Como consecuencia, se desgaja esta derecha y se constituye en formación independiente autodenominándose (eran tiempos de gran sinceridad política) Dereita Galeguista. Sus líderes: Vicente Risco y un importante escritor de la G25 llamado Xosé Filgueira Valverde. La FMG se mantiene neutral en la escisión y acentúa su matiz nacionalista intransigente bajo la presidencia de Xosé Velo Mosquera, persona que, andando el tiempo, tendría una importante participación en la constitución del DRIL y en el asalto al buque portugués «Santa María». El 28 de junio de 1936 se sometió el Estatuto a plebiscito. Lo apoyaron todos los partidos del Frente Popular, más los galleguistas de derecha. Votaron a favor 993.351 electores. En contra, 6.161. En blanco, 1.451. Según lo legislado, se necesitaban, como mínimo, un quórum de 895.423 votos para alcanzar la autonomía. Hubo, pues, un exceso de 97.927 sufragios.

Pero en julio de 1936 se interrumpe en Galicia el establecimiento republicano, interrumpiéndose con él el proceso galleguista. La interpretación de Galicia elaborada por la GN fue la dominante —casi en exclusiva— hasta ese momento: un gran esfuerzo de reflexión sobre la sustancia de Galicia que, disciplinadamente, ejecutaron los miembros de la G25.

El «campesino eterno» contempló desde lejos el fugaz meteoro del galleguismo y, curvado sobre la gleba, más o menos escéptico, retornó a los trabajos y a los días en espera del momento de disolución de la sociedad rural que en estos momentos se produce. ■ X. L. M. F.